ARENA

FREDRIC BROWN

Carson abrió los ojos y se encontró con la vista levantada hacia una fluctuante oscuridad azulada, que parecía extenderse sobre él.

Hacía calor, y él estaba tendido sobre la arena, y una aguzada roca medio incrustada en ella se le clavaba en la espalda. Desplazó ligeramente su cuerpo hacia un lado para apartarse de la piedra, y luego se incorporó, quedándose sentado.

—Debo haberme vuelto loco —se dijo—. Sí, estoy loco..., o muerto..., o algo parecido.

La arena era azul, de un azul brillante. Y ni en la Tierra ni en ninguno de los planetas existía una arena de aquel color.

Arena azul.

Arena azul bajo una cúpula azul que no era el cielo ni tampoco una habitación..., sino una zona limitada. Sabía que era limitada y finita aunque no pudiese ver su parte superior.

Recogió un poco de arena y dejó que se escurriese entre sus dedos. La arena cayó encima de su pierna desnuda. ¿*Desnuda*?

Sí, desnuda. Él estaba completamente desnudo; y a pesar de ello el sudor brotaba de todos sus poros a causa de aquel agobiante calor. Tenía su cuerpo desnudo cubierto de arena azul, que se le había adherido en los lugares donde estuvo en contacto con ella.

Pero en los lugares que no tocaron la arena, su cuerpo era blanco.

Él pensó entonces que la arena era realmente azul. Pues si sólo pareciera azul debido a la luz azul, él también lo parecería. Pero su color era el natural, por lo tanto la arena era azul. *Arena azul*. No existía arena azul en ninguna parte. No podía existir un lugar como ése en ningún sitio.

El sudor se le introducía en los ojos.

Hacía calor, más calor que en el infierno. Sólo que, según la creencia general, el infierno —el infierno de los antiguos— era rojo y no azul.

Pero si aquel lugar no era el infierno, ¿qué era? Solamente Mercurio, entre todos los planetas, poseía un clima tan caluroso..., pero no estaba en Mercurio. Además, Mercurio se encontraba a unos seis mil millones de kilómetros de...

Entonces recordó dónde había estado. En el pequeño vehículo de reconocimiento con capacidad para un solo hombre, más allá de la órbita de Plutón, explorando a un millón y medio de kilómetros sobre uno de los flancos de la Armada Terrestre, alineada en formación de batalla para interceptar a los Intrusos.

Aquel súbito, estridente y desgarrador sonido de la alarma, que le puso los nervios de punta, cuando el vehículo de reconocimiento enemigo —una nave de los Intrusos— se puso al alcance de sus detectores...

Nadie sabía quiénes eran los Intrusos, cual era su aspecto físico ni de qué lejana galaxia procedían. Únicamente se sabía que su punto de origen debía de hallarse más o menos en la dirección de las Pléyades.

Principiaron con ataques esporádicos a las colonias y puestos avanzados de la Tierra. Se produjeron escaramuzas aisladas entre patrullas terrestres y pequeños grupos de astronaves de los Intrusos; batallas que a veces se ganaban y otras veces se perdían, pero que nunca habían dado como resultado la captura de una nave enemiga. Tampoco había sobrevivido hasta entonces ningún miembro de las colonias atacadas para describir a los Intrusos que habían abandonado sus naves, si realmente lo habían hecho.

Al principio no constituyeron una amenaza demasiado grave, pues las incursiones no fueron muy numerosas ni destructivas. E, individualmente, sus naves resultaron algo inferiores en armamento a los mejores cazas terrestres, aunque bastante superiores en velocidad y capacidad de maniobra. Esta amplia diferencia en velocidad era suficiente para proporcionar a los Intrusos la posibilidad de elegir entre la huida o presentar combate, a menos que estuviesen rodeados.

Sin embargo, la Tierra se había preparado para lo peor, para una confrontación decisiva, equipando la más poderosa flota de todos los tiempos. Esta flota había estado aguardando mucho tiempo, pero al fin se vio que la confrontación era inminente.

Las naves de reconocimiento que patrullaban a veinte mil millones de kilómetros de la Tierra habían detectado la aproximación de una poderosa flota, una flota de ataque, que pertenecía a los Intrusos. Esas naves de reconocimiento no regresaron, pero fueron captados sus mensajes radiotrónicos. Y ahora la Armada Terrestre, con sus diez mil naves y su medio millón de combatientes, se hallaba más allá de la órbita de Plutón, esperando para cerrar el paso al enemigo y combatir hasta la muerte.

Y sería una batalla muy equiparada, a juzgar por los informes previos que se habían recibido desde las líneas avanzadas, cuyos hombres habían dado la vida para informar acerca del tamaño y el potencial de la flota enemiga.

Una batalla total, con la supremacía del Sistema Solar en juego, en la que las fuerzas estaban muy igualadas. Era la última y única oportunidad de la Tierra, pues si la batalla se perdía, el planeta materno y todas sus colonias estarían a merced de los Intrusos...

Oh, sí. Bob Carson lo recordaba ahora perfectamente.

Sin embargo, aquello no explicaba la presencia de una arena azul y la temblorosa cúpula azulada. Pero recordaba muy bien aquel estridente sonido de la alarma y su esfuerzo por llegar al cuadro de mandos, su frenética torpeza al atarse al asiento y el punto de la visiplaca que iba aumentando de tamaño...

La sequedad de su boca. La terrible certidumbre que había llegado el momento. Por lo menos, para él, si bien el grueso de ambas flotas todavía no se había enfrentado.

Para él iba a comenzar el combate. Al cabo de tres segundos habría alcanzado la victoria o sería un montón de cenizas chamuscadas. Estaría muerto.

Tres segundos..., eso es lo que duraba un combate espacial. El tiempo de contar hasta tres, lentamente, y después se vencía o se moría. Un solo disparo en el blanco bastaba para aniquilar la pequeña nave, escasamente armada y blindada, que servía para los reconocimientos.

Frenéticamente —mientras, de una manera inconsciente, sus labios resecos articulaban la palabra «uno»— accionó los controles para mantener centrado aquel punto cada vez mayor en las líneas entrelazadas de la visiplaca. Mientras hacía esto con las manos, su pie derecho se preparaba a presionar el pedal que dispararía el proyectil. El terrible proyectil atómico que daría en el blanco..., o de lo contrario, no habría tiempo para un segundo disparo.

«Dos.» Tampoco se dio cuenta de haberlo dicho. El punto centrado en la visiplaca ya no era un punto. Sólo estaba a unos pocos miles de kilómetros de distancia, la ampliación de la placa lo mostraba como si sólo estuviera a unos centenares de metros. Era una brillante y rápida nave de reconocimiento, aproximadamente del mismo tamaño que la suya.

Y también era una nave enemiga.

«Tres...» Apoyó el pie en el pedal que dispararía el proyectil...

Pero, en aquel momento, el Intruso giró súbitamente y desapareció de los hilos del retículo. Carson apretó frenéticamente varias teclas para seguirlo.

Durante una décima de segundo, la nave enemiga se mantuvo completamente fuera de la visiplaca y después, cuando la proa de su nave giró tras el enemigo, volvió a verlo, cayendo en picada hacia el suelo.

¿*Hacia el suelo*?

Era una ilusión óptica de alguna clase. *Tenía* que serlo, aquel planeta —o lo que fuera— que ahora llenaba la visiplaca. Fuera lo que fuese, no podía estar allí. Era imposible. No existía ningún planeta más cercano que Neptuno, y éste se encontraba a cinco mil millones de kilómetros.., mientras Plutón se hallaba en el lado opuesto de la eclíptica, al otro lado del distante Sol, que apenas se veía como un punto luminoso.

Además, sus aparatos de detección, ¡no habían indicado la presencia de ningún objeto de dimensiones planetarias, ni siquiera, un asteroide! Y seguían sin indicarlo.

Por lo tanto no podía estar allí, aquel objeto sin identificar hacia el cual se dirigía, a unos centenares de kilómetros por debajo de él.

Y, en su repentina ansiedad por evitar la colisión, incluso llegó a olvidarse de la nave enemiga. Accionó los cohetes de freno delanteros y, aunque el súbito cambio de velocidad le lanzó hacia delante y tensó las correas del asiento, preparó lo necesario para un giro de emergencia. Los apretó y siguió apretándolos, pues sabía que necesitaría todo lo que la nave diera de sí para no estrellarse y que un giro tan repentino le haría perder momentáneamente el conocimiento.

Efectivamente, perdió el conocimiento.

Y eso fue todo. Luego se encontró sentado sobre una ardiente arena azul, completamente desnudo pero indemne. Ni rastro de su nave espacial y, en cuanto a eso, no parecía hallarse en el espacio. Aquella cúpula que había sobre su cabeza no era el cielo, y no sabía qué podía ser.

Se levantó con esfuerzo.

La gravedad parecía algo superior que la terrestre. No mucho más.

La arena se extendía hacia el horizonte, se veían unos cuantos escuálidos arbustos aquí y allá. Estos también eran azules, pero ofrecían diversos matices, algunos más claros que el azul de la arena, otros más oscuros.

Una pequeña criatura salió de debajo del arbusto más cercano, algo parecido a un lagarto, aunque con más de cuatro patas. También era azul. De un azul brillante. Le vio y se apresuró a esconderse nuevamente debajo del arbusto.

Carson volvió a alzar la mirada para tratar de descubrir qué era lo que se extendía por encima de su cabeza. No podía decirse que fuera exactamente un techo, pero tenía forma de cúpula. Fluctuaba y resultaba difícil de observar. Pero, evidentemente, describía una curva descendente hasta el suelo, hasta la arena azul, rodeándolo completamente.

Estaba casi bajo la cúspide de la cúpula. Aproximadamente, se hallaba a unos cien metros de la pared más próxima, si es que era una pared. Era como si un hemisferio azul de *alg*o, de unos doscientos metros de diámetro, estuviera invertido sobre la llana extensión arenosa.

Y todo era azul, excepto un objeto. Encima de una alejada pared se veía un objeto rojo. Toscamente esférico, parecía medir un metro de diámetro. Demasiado lejos para que él lo viera claramente a través de la oscilante luminosidad azul. Pero, inexplicablemente, se estremeció.

Intentó secarse el sudor que se acumulaba en su frente, o intentó hacerlo, con el dorso de la mano.

¿Acaso era aquello un sueño, una pesadilla? ¿Aquel calor, aquella arena, esa imprecisa sensación de terror que experimentaba cuando miraba hacia aquel objeto rojo?

¿Un sueño? No, uno no se duerme ni se pone a soñar en la mitad de una batalla espacial.

¿Sería aquello la muerte? No, ni hablar. Si existiera la inmortalidad, no sería una cosa tan absurda como ésta, un lugar azul, de calor sofocante, donde existía aquel objeto rojo que le causaba tanto temor.

Entonces escuchó la voz...

La oyó en el interior de su cabeza, no con sus oídos. Parecía surgir de la nada o de todas partes.

«Vagando a través del espacio y las dimensiones —resonó la voz en su mente—, encuentro en este espacio y esta dimensión temporal a dos razas a punto de enfrentarse en una guerra que exterminará a una de ellas y debilitará tanto a la otra, que ésta retrocederá y jamás podrá cumplir su destino, terminando por decaer y volver al polvo de donde salió. Y yo digo que esto no debe ocurrir.»

—¿Quién..., qué eres? —dijo Carson en voz alta, después que la pregunta se hubo formado en su cerebro.

«No lo podrías comprender totalmente. Yo soy... —hubo una pausa, como si la voz buscara en el cerebro de Carson una palabra que no estaba allí, un término que él no conocía—. Soy el final evolutivo de

una raza tan antigua, que el tiempo no puede expresarse con palabras que tengan un significado en tu mente. Una raza fusionada en una sola entidad, eterna...

»Una entidad como la que será algún día vuestra primitiva raza —volvió a producirse la búsqueda de una palabra— dentro de un tiempo casi infinito. Lo mismo le sucederá a la raza que tú llamas, en tu mente, los Intrusos. De modo que intervengo en la inminente batalla, la batalla que va a librarse entre dos flotas tan igualadas, que sólo causará la destrucción de ambas razas. Una de ellas debe sobrevivir. Una de ellas debe progresar y evolucionar.»

«¿Una? —pensó Carson—. ¿La mía o....?»

«Tengo poder para impedir la guerra, para obligar a los Intrusos a volver a su galaxia. Pero ellos regresarían, o tu raza los seguiría, tarde o temprano. Sólo permaneciendo en este espacio y este tiempo para intervenir constantemente, podría impedir su mutua destrucción, y no puedo quedarme aquí para siempre.

»Por lo tanto, intervendré ahora. Aniquilaré completamente a una de las flotas sin causar daños a la otra. De este modo, sobrevivirá una civilización.»

Una pesadilla. Esto tenía que ser una pesadilla, pensó Carson. Pero sabía que no lo era.

Era demasiado absurdo, demasiado imposible, para que fuera real.

No se atrevió a formular la pregunta capital: *¿cuál sobrevivirá*? Pero sus pensamientos lo hicieron por él.

«Sobrevivirá el más fuerte —dijo la voz—. Esto no lo puedo ni lo quiero cambiar. Yo sólo intervengo para convertir la victoria en una victoria absoluta, no —volvió a buscar— no una victoria pírrica de una raza destrozada.

»De las avanzadas de las dos fuerzas que iban a enfrentarse arrebaté dos individuos, tú y un Intruso. Por tu mente veo que en vuestra temprana historia de rivalidades nacionales, los combates individuales entre campeones, para resolver el triunfo de un bando u otro, no eran desconocidos.

»Tú y tu oponente se enfrentarán aquí, desnudos y desarmados, en condiciones igualmente desconocidas para ambos, e igualmente desagradables para los dos. No hay un límite de tiempo porque aquí no existe el tiempo. El superviviente será el campeón de su raza. Esa raza sobrevivirá.»

—Pero...

La protesta de Carson fue demasiado inarticulada para poder expresarla, pero la voz la contestó.

«El combate es equilibrado. Las circunstancias son tales que la simple fuerza física no será un factor decisivo en la lucha. Existe una barrera. Ya entenderás lo que quiero decir. La inteligencia y el valor serán más importantes que la fuerza. En especial el valor, que es la voluntad de sobrevivir.»

—Pero mientras se desarrolle nuestro combate, las flotas se...

«No; ustedes están en otro espacio, en otro tiempo. Mientras permanezcan aquí, el tiempo se habrá detenido en el universo que conocen. Veo que te preguntas si este lugar es real. Lo es, y no lo es. Del mismo modo como yo, para tu limitado entendimiento, soy real y no lo soy. Mi existencia es mental y no física. Tú me has visto como un planeta; podría haber sido como una mota de polvo o un sol.

»Mas para ti, este lugar es real. Lo sufrimientos que experimentes aquí serán reales. Y si mueres aquí, tu muerte será real. Si mueres, tu fracaso significará el fin de tu raza. Ya sabes suficiente.»

Y la voz dejó de oírse.

De nuevo se quedó solo, pero no lo estaba. Cuando alzó la vista, Carson vio que el objeto rojo, la horrible esfera encarnada que ahora sabía que era el Intruso, rodaba hacia él.

Sí, rodaba.

Daba la impresión de no tener brazos ni piernas que él pudiera ver, ni facciones. Rodaba sobre la arena azul con la fluida rapidez de una gota de mercurio. Y delante de ella, de una manera que no lograba comprender, avanzaba una paralizante oleada de nauseabundo, repugnante y espantoso odio.

Carson miró desesperadamente a su alrededor. Una piedra, medio enterrada en la arena a pocos metros de él, era lo más parecido a un arma que se hallaba a su alcance. No era grande, pero tenía afilados bordes, como una lámina de pedernal.

La tomó y se agachó para repeler el ataque. Se acercaba con rapidez, con más rapidez de la que él corría.

Ya no tenía tiempo para pensar cómo iba a combatir. Además, ¿cómo podía atacar para vencer a una criatura cuya fuerza, cuyas características y cuyo método de lucha no conocía? Rodando a tanta velocidad, parecía más que nunca una esfera perfecta.

Estaba a diez metros de distancia. A cinco. Y entonces se detuvo.

Mejor dicho, *algo* la detuvo. De repente, su parte más cercana se aplanó como si se hubiera adherido a una pared invisible. Rebotó, rebotó hacia atrás. Sí, rebotó.

Después volvió a rodar hacia delante, pero más despacio, con más prudencia. Se detuvo nuevamente, en el mismo sitio. Avanzó otra vez, unos cuantos metros hacia un lado.

Allí había un obstáculo de alguna clase. Entonces se hizo la luz en la mente de Carson. Aquel pensamiento introducido en su mente por la entidad que les había llevado allí: « ...la fuerza física no será un factor decisivo en la lucha. Existe una barrera.»

Un campo de fuerza, naturalmente. No era el Campo Netziano, conocido por la ciencia de la Tierra, pues aquél brillaba y emitía un sonido crujiente. Éste era invisible, silencioso.

Se trataba de una pared que iba de una parte a otra del hemisferio invertido; Carson no tuvo que verificarlo por sí mismo. La esfera lo estaba haciendo; rodaba lateralmente a lo largo del obstáculo, buscando una brecha que no existía.

Carson avanzó media docena de pasos, con la mano izquierda extendida ante él, y entonces su mano tropezó con la barrera. Era suave al tacto, blanda, más parecida a una hoja de goma que a un cristal. Estaba tibia, pero no más tibia que la arena extendida bajo sus pies. Y era completamente invisible, incluso de cerca.

Dejó caer la piedra y apoyó las dos manos contra ella, empujándola. Dio la impresión de ceder, sólo un poco. Pero no fue más que un poco, a pesar que después empujó con todas sus fuerzas. Parecía una lámina de goma respaldada por otra de acero. Elasticidad limitada y después firme resistencia.

Se puso de puntillas y estiró los brazos todo lo que pudo, pero la barrera seguía allí.

Vio como la esfera regresaba, tras haber llegado a un lado de la arena. Aquella sensación nauseabunda se apoderó nuevamente de Carson, y se apartó de la barrera mientras pasaba. No se detuvo.

Pero, ¿terminaba el obstáculo al nivel del suelo? Carson se arrodilló y escarbó en la arena. Era suave, ligera, fácil de cavar en ella. A medio metro de profundidad la barrera seguía allí.

La esfera regresaba nuevamente. Al parecer, no había encontrado una brecha en ninguno de los lados.

Tiene que haber algún modo de atravesarla, pensó Carson. Algún modo de entrar mutuamente en contacto; de otro modo, aquel duelo era absurdo.

Pero de momento no había prisa en descubrirlo. Primero tenía que intentar otra cosa. La esfera ya había vuelto y se detuvo justo enfrente de él, al otro lado de la barrera, a sólo dos metros de distancia. Parecía estar observándole, aunque Carson no pudo ver ninguna evidencia externa de órganos sensoriales en la criatura.. Nada que parecieran ojos ni orejas, ni siquiera boca. Sin embargo, ahora lo veía, tenía una serie de hendiduras, quizá una docena en total, y vio que surgían repentinamente dos tentáculos de dos de las hendiduras y se hundían en la arena como para probar su consistencia. Tentáculos de unos dos o tres centímetros de diámetro y quizá medio metro de longitud.

Pero los tentáculos eran retráctiles y se introducían en las hendiduras, de donde no salían más que cuando se utilizaban. Permanecían ocultos cuando la criatura rodaba y no parecían tener nada que ver con su método de locomoción. Éste, por lo que Carson podía observar, se basaba en cierto cambio de su centro de gravedad, aunque no podía imaginarse exactamente *cómo*.

Se estremeció mientras observaba a la criatura. Era extraña, sumamente extraña, profundamente distinta de todo lo conocido en la Tierra o de cualquiera de las formas de vida encontradas en los otros planetas del Sistema Solar. Era espantosa y repugnante. Instintivamente, Carson comprendió que la mente de aquella criatura era tan extraña y distinta como su cuerpo.

Pero tenía que intentarlo. Si aquel ser no poseía ninguna clase de poderes telepáticos, la tentativa estaba condenada al fracaso, pero él creía que sí poseía esos poderes. En todo caso, hubo una proyección de algo que no era físico cuando, hacía sólo unos minutos, se había dirigido por vez primera hacia él. Una oleada casi tangible de odio.

Si aquel ser era capaz de proyectar tal cosa, quizá también pudiera leerle el pensamiento, y hacerle comprender lo que quería comunicarle.

Con suma lentitud, Carson tomó la piedra que había sido su única arma, volvió a tirarla con un gesto de renuncia, y alzó las manos vacías; con las palmas vueltas hacia arriba.

Habló en voz alta; consciente que aunque las palabras no significaran nada para la criatura que tenía frente a sí, el hecho de pronunciarlas concentraría sus propios pensamientos con mayor fuerza en el mensaje.

—¿No puede haber paz entre nosotros? —dijo, y su propia voz resonó de forma extraña en aquel extraño ser—. La Entidad que nos ha traído aquí acaba de explicarnos lo que ocurrirá si nuestras razas combaten: extinción de una de ellas y debilitamiento y regresión de la otra. El resultado de esta lucha, ha dicho la Entidad, depende de lo que nosotros hagamos aquí. ¿Por qué no podemos acordar una paz eterna..., tu raza en su galaxia, nosotros en la nuestra?

Carson dejó su mente en blanco para recibir la respuesta.

Ésta no tardó en llegar, y le hizo tambalear físicamente. Involuntariamente retrocedió varios pasos a causa del tremendo horror que le produjo la intensidad del odio y la sed de sangre de las imágenes rojas que le fueron arrojadas. No como palabras articuladas, como le habían llegado los pensamientos de la Entidad, sino como una oleada tras otra de demoníacas emociones.

Durante un momento que le pareció una eternidad, tuvo que luchar contra el impacto mental de aquellos sentimientos de odio, esforzarse para borrarlos de su mente y desechar los extraños pensamientos a los que había dado entrada al anular los suyos. Volvió a tener náuseas.

Su mente se fue despejando lentamente, como la mente de un hombre que se despierta tras una pesadilla y va librándose de la aterradora trama con que el sueño estaba tejido. Respiraba afanosamente y se sentía más débil, pero podía pensar.

Siguió estudiando a la esfera. Ésta había permanecido inmóvil durante el duelo mental que tan a punto había estado de ganar. Ahora rodó unos cuantos metros hacia un lado, hasta el matorral azul más próximo. Tres tentáculos surgieron de las ranuras y empezaron a explorar el arbusto.

—De acuerdo —dijo Carson—, de modo que quieres guerra. —Esbozó una irónica sonrisa—. Si he recibido bien tu contestación, la paz no te atrae.

Y como, después de todo, era muy joven y no pudo resistir el impulso de ser dramático, añadió:

—¡Lucharemos hasta la muerte!

Pero su voz, en aquel silencio total, sonó muy ridícula, incluso para él mismo. Entonces se le ocurrió que la lucha era en efecto a muerte. No sólo su propia muerte o la del objeto esférico de color rojo con el que ahora identificaba al Intruso, sino la muerte de toda una raza, la de uno o la del otro. El fin de la raza humana, si fracasaba.

Pensar esto le hizo sentir repentinamente muy humilde y muy asustado. Más que pensarlo, saberlo. De algún modo, con una seguridad que incluso estaba por encima de la fe, sabía que la Entidad responsable de aquel duelo había dicho la verdad acerca de sus intenciones y sus poderes. Hablaba muy en serio.

Por lo tanto, el futuro de la humanidad dependía de él. Era una idea espantosa, pero así era, y trató de alejarla de su mente. Tenía que concentrarse en la situación inmediata.

Tenía que existir un medio de atravesar la barrera; o matar a través de ella.

¿Mentalmente? Confiaba en que éste no fuera el único sistema, pues era evidente que la esfera tenía unos poderes telepáticos más fuertes que los primitivos y poco desarrollados de la raza humana. ¿O no era así?

Él había conseguido borrar de su mente los pensamientos del Intruso. ¿Podría él borrar los suyos? Si su capacidad de proyección era más fuerte, ¿no era posible que su mecanismo receptor fuera más vulnerable?

Observó fijamente la esfera y trató de concentrar todos sus pensamientos en ella.

«Muérete —pensó—. Vas a morir. Vas a morir. Vas a...»

Probó diversas variaciones y escenas mentales. El sudor humedeció su frente y se encontró temblando por la intensidad del esfuerzo. Pero el Intruso prosiguió su investigación del matorral, tan absolutamente impávido como si Carson estuviera recitando la tabla de multiplicar.

Por lo tanto, *aquello* no servía.

El calor y su titánico esfuerzo para concentrarse le hicieron sentir muy débil y mareado. Se sentó en la arena azul para descansar un poco y concentrar toda su atención en observar y estudiar a la esfera. Era posible que, por medio de un detenido examen, pudiera juzgar su fuerza y detectar su debilidad, enterarse de cosas que tal vez le resultaran útiles si llegaban a combatir.

La esfera estaba arrancando pequeñas ramas. Carson le observó atentamente, procurando descubrir si le costaba mucho hacerlo. Después, pensó, buscaría un arbusto parecido en su propio lado, arrancaría ramas de igual grosor, y podría comparar la fuerza física de sus propios brazos y manos con aquellos tentáculos.

Las ramitas no se quebraban con dificultad; vio que el Intruso tenía que luchar con cada una de ellas. Observó que cada uno de los tentáculos se bifurcaba en dos dedos en el extremo, dedos rematados por una uña o garra. Estas uñas no parecían especialmente largas ni peligrosas. No más que sus propias uñas, si las dejaba crecer un poco.

No, en conjunto, no daba la impresión de ser demasiado robusto para vencerlo físicamente. A menos, desde luego, que aquel arbusto estuviera hecho de una materia muy fuerte. Carson miró a su alrededor y, sí, cerca de él había otro arbusto del mismo tipo.

Se acercó y arrancó una rama. Era quebradiza, fácil de romper. Naturalmente, el Intruso podía haber estado simulando deliberadamente, pero él no lo creía así.

Por otra parte, ¿en qué consistía su vulnerabilidad? ¿Cómo podría matarlo, si tenía la ocasión? Volvió a estudiarlo. La piel externa parecía muy resistente. Necesitaría un arma puntiaguda de alguna clase. Tomó otra vez la piedra. Debía medir unos treinta centímetros de longitud, era estrecha, y bastante afilada en un extremo. Si se astillara como el pedernal, podría convertirla en un muy útil cuchillo.

El Intruso seguía sus investigaciones en el matorral. Volvió a rodar, hasta el más cercano de otro tipo. Un pequeño lagarto azul de muchas patas, como el que Carson había visto en su lado de la barrera, salió rápidamente de debajo del arbusto.

El Intruso disparó uno de sus tentáculos y lo atrapó. Apareció otro tentáculo que comenzó a arrancar las patas del pobre lagarto con frialdad y calma, como si estuviera arrancando las ramas del arbusto. La criatura se debatía frenéticamente y emitía un agudo chillido, el primer sonido que Carson había oído allí aparte del de su propia voz.

Carson se estremeció y quiso apartar la mirada. Pero se obligó a seguir observando; cualquier cosa que pudiera aprender respecto a su oponente le resultaría útil. Incluso este conocimiento de su innecesaria crueldad. En especial, pensó con un súbito y perverso acceso de emoción, este conocimiento de su innecesaria crueldad. Sería un placer dar muerte a la criatura, cuando se le presentase la ocasión.

Esforzándose por dominar su repugnancia, siguió observando el desmembramiento del lagarto, por el motivo expuesto.

Pero sintió un gran alivio cuando, con la mitad de sus patas arrancadas, el lagarto cesó de luchar y chillar y yació inerte y muerto en las garras del Intruso.

Éste no continuó con el resto de las patas. Tiró desdeñosamente el lagarto lejos de él, en dirección a Carson. El animal muerto describió un arco en el aire y aterrizó a sus pies.

¡Había atravesado la barrera! ¡La barrera ya no se levantaba entre ellos! Carson se puso en pie de un salto, agarró fuertemente el cuchillo de pedernal y se lanzó hacia delante. Habiendo desaparecido la barrera... ¡Eliminaría a aquel ser en seguida!

Pero no había desaparecido. Lo descubrió de la manera más penosa, golpeándose la cabeza contra ella y casi desmayándose del dolor. Rebotó hacia atrás y se cayó.

Y cuando se incorporaba, sacudiendo la cabeza para despejarse, vio que algo volaba hacia él y, para esquivarlo, volvió a tenderse rápidamente sobre la arena, hacia un costado. Consiguió apartar el cuerpo, pero sintió un repentino y agudo dolor en la pantorrilla de su pierna izquierda.

Rodó hacia atrás, haciendo caso omiso del dolor, y consiguió levantarse. Entonces vio que lo que le había golpeado era una piedra. Y la esfera estaba recogiendo otra en aquel momento, lanzando hacia atrás los tentáculos que la aprisionaban para darle impulso, y a punto de disparar nuevamente.

Planeó en el aire hacia él, pero pudo esquivarla fácilmente. Al parecer, el Intruso era capaz de tirar con puntería, pero no demasiado fuerte ni demasiado lejos. La primera piedra le había alcanzado porque estaba sentado y no la había visto venir hasta que se halló sobre él.

Mientras esquivaba este débil segundo disparo, Carson lanzó el brazo derecho hacia atrás y lo agitó sin soltar la piedra que aún tenía en la mano. Si los proyectiles, pensó con súbita alegría, podían cruzar la barrera, no había inconveniente en que fueran dos los que jugasen a lanzarlos. Y el brazo derecho de un terrestre...

No podía errar a una esfera de casi un metro de diámetro a una distancia de sólo cuatro metros, y no erró. La piedra silbó por los aires, y con una velocidad mucho mayor que la de los proyectiles disparados por la esfera. Dio exactamente en el blanco, pero desgraciadamente llegó plana, en vez de hacerlo de punta.

Pero dio en el blanco, y, evidentemente, a juzgar por el ruido que hizo, tuvo que causar dolor a la víctima. El Intruso estaba buscando otra piedra, pero cambió de opinión y se alejó de allí. Cuando Carson pudo encontrar y tirar otra piedra, la esfera estaba a cuarenta metros de la barrera y seguía alejándose.

Falló el segundo disparo por escasos metros, y el tercero fue corto. El Intruso estaba fuera de su alcance..., por lo menos, fuera del alcance de un proyectil lo bastante pesado para ser efectivo.

Carson sonrió con ironía. Aquel asalto lo había ganado él. A menos que...

Dejó de sonreír mientras se agachaba para examinarse la pantorrilla. El afilado extremo de la piedra le había hecho un corte bastante considerable, de varios centímetros de longitud. Sangraba mucho, pero no creyó que fuese tan profundo como para haberle afectado alguna arteria. Si dejaba de sangrar por sí solo, tanto mejor. Si no, tendría que enfrentarse con un problema grave.

Sin embargo, había algo más importante que el corte. Averiguar la naturaleza de la barrera.

Se acercó nuevamente a ella, esta vez con las manos extendidas frente a él. La encontró; apoyó una mano en el obstáculo y lanzó un puñado de arena con la otra. La arena pasó a través de ella. Su mano, no.

¿Materia orgánica contra materia inorgánica? No, porque el lagarto muerto la había atravesado, y un lagarto, vivo o muerto, era ciertamente orgánico. ¿La vida vegetal? Arrancó una ramita y la lanzó contra la barrera. La ramita la atravesó, sin resistencia, pero cuando los dedos que sostenían la rama llegaron a la barrera, fueron detenidos.

Él no podía atravesarla, y tampoco el Intruso. Pero las piedras, la arena y un lagarto muerto...

—¿Y un lagarto vivo? Empezó a buscar, debajo de los matorrales, hasta que encontró uno y lo atrapó. Lo lanzó suavemente contra la barrera y vio que rebotaba y se escabullía por la arena azul.

Esto le dio la respuesta, por lo menos hasta donde él podía determinar. La pantalla era una barrera para los seres vivos. Los muertos y la materia inorgánica podían atravesarla.

Una vez hecha esta comprobación, Carson volvió a observar su pierna herida. Sangraba menos; lo cual indicaba que no tendría que hacerse un torniquete. Pero sería conveniente encontrar agua, si es que allí había, para limpiar la herida.

Agua..., al pensar en ella comprendió que empezaba a tener mucha sed. Tendría que encontrar agua, en caso que aquella contienda se prolongara. Cojeando ligeramente, se alejó para hacer todo el circuito de su mitad de la arena. Guiándose con una mano a lo largo de la barrera, avanzó hacia su derecha hasta llegar a la curvada pared lateral. Ésta era visible, de un opaco gris azulado a corta distancia, y su superficie era igual que la de la barrera central. Realizó el experimento de lanzar un puñado de arena contra ella; la arena llegó a la pared y desapareció al atravesarla. El cascarón hemisférico era también un campo de fuerza. Pero éste era opaco, y no transparente como la barrera.

Fue rodeándolo hasta llegar nuevamente a la barrera, y siguió caminando a lo largo de la barrera hasta el punto desde donde había comenzado.

Ni rastro de agua.

Ya preocupado, inició una serie de zigzags de ida y vuelta entre la barrera y la pared, cubriendo absolutamente todo el espacio intermedio.

No encontró agua. Arena azul, matorrales azules y un calor intolerable. Nada más.

Enojado, se dijo que su imaginación debía ser la causa que tuviera tanta sed. ¿Cuánto tiempo hacía que estaba allí? Desde luego, nada de tiempo, de acuerdo con su propia estructura de tiempo y espacio. La Entidad le había dicho que el tiempo se detendría en el exterior, mientras él estuviera allí. Pero sus procesos corporales seguían desarrollándose allí, exactamente igual. Y de acuerdo con los cálculos de su cuerpo, ¿cuánto tiempo hacía que estaba allí? Tres o cuatro horas, quizá. Desde luego, no lo suficiente para tener tanta sed.

Pero la tenía; notaba la garganta seca. Probablemente se debiera al intenso calor. ¡Era un calor sofocante! Supuso que la temperatura sobrepasaba los cuarenta grados centígrados. Era un calor seco, carente del más ligero movimiento de aire.

Cojeaba bastante y estaba agotado cuando terminó la inútil exploración de sus dominios. Además, se sentía molido.

Miró hacia la inmóvil esfera, esperando que se sintiera tan mal como él. Con toda seguridad, tampoco lo estaba pasando bien. La Entidad había dicho que las condiciones eran igualmente desconocidas e igualmente desagradables para los dos. Quizá el Intruso viniese de un planeta donde reinaba una temperatura media de setenta grados centígrados. Quizá se estuviese helando mientras él se asaba.

Quizá el aire que respiraban fuese demasiado denso para su enemigo, mientras que para él era demasiado tenue. Porque el ejercicio de sus exploraciones le había dejado jadeante. Entonces se dio cuenta que la atmósfera que allí había no era mucho más densa que la marciana.

No había agua.

Aquello significaba un plazo de tiempo, por lo menos para él. A menos que descubriera el modo de cruzar la barrera o matar a su oponente desde este lado de ella, la sed le mataría a él.

Esto le confirió una sensación de desesperada urgencia. *Debía* apresurarse.

Pero se sentó un momento para descansar, para reflexionar.

¿Qué había por hacer allí? Nada y, al mismo tiempo, muchas cosas. Las diversas variedades de arbustos, por ejemplo. No tenían un aspecto demasiado prometedor, pero tenía qué examinarlos, por si acaso. Y su pierna..., tendría que hacer algo con ella, aunque no tuviese agua para limpiar la herida. Reuniría municiones en forma de piedras. Encontraría una piedra que le sirviera de cuchillo.

La pierna le dolía bastante, y decidió que esto era lo primero. Una variedad de matorral tenía hojas o algo muy parecido a hojas. Arrancó un puñado y, después de examinarlas, decidió correr el riesgo. Las

utilizó para limpiar la arena, el polvo y la sangre reseca; después hizo una almohadilla con hojas frescas y la ató sobre la herida con zarcillos del mismo arbusto.

Los zarcillos se revelaron inesperadamente fuertes y resistentes. Eran delgados, blandos y flexibles, pero no pudo romperlos. Tuvo que aserrarlos con uno de los afilados extremos del pedernal azul. Los más gruesos debían medir unos treinta centímetros de largo, y él archivó en su memoria, para futuras referencias, el hecho que un manojo de los gruesos, convenientemente atados, podían constituir una útil cuerda. Quizá se le ocurriera un empleo para la cuerda.

Después, se fabricó un cuchillo. El pedernal azul sí que se astillaba. A partir de una esquirla de treinta centímetros de longitud, se hizo un arma tosca pero mortífera. Y con los zarcillos del arbusto se fabricó un cinturón de cuerda en el cual podría introducir el cuchillo de pedernal, a fin de no abandonarlo ni un instante y seguir teniendo las manos libres.

Se dedicó nuevamente a estudiar los matorrales. Había otros tres tipos. Uno de ellos no tenía hojas, era seco, quebradizo, y se parecía a una planta rodadora seca. Otro era de una madera blanca, desmenuzable, similar a la yesca. Daba la impresión de ser un excelente combustible para hacer una hoguera. El tercer tipo era el más parecido a los terrestres. Tenía unas hojas frágiles que se marchitaban al tocarse, pero los troncos, aunque cortos, eran rectos y fuertes.

Hacía un calor horrible, espantoso, insoportable.

Se acercó cojeando hasta la barrera y la palpó para asegurarse que aún estaba allí. Así era, en efecto.

Se quedó observando un rato al Intruso.

Se mantenía a una distancia prudente de la barrera, fuera del alcance de las piedras gruesas. Estaba muy ocupado, haciendo algo. Él no pudo descubrir qué hacía.

Una vez dejó de moverse, se aproximó un poco y pareció concentrar su atención en él. Carson tuvo que repeler nuevamente una oleada de náuseas. Le tiró una piedra y el Intruso retrocedió y volvió a su actividad anterior.

Por lo menos, podía mantenerlo a distancia.

Para lo que eso le servía..., pensó amargamente. De todos modos, pasó una o dos horas recogiendo piedras del tamaño adecuado para tirárselas, y haciendo varios ordenados montones, cerca de su lado de la barrera.

La garganta le ardía. Le resultaba muy difícil pensar en algo que no fuese el agua.

Pero tenía que pensar en otras cosas. En atravesar la barrera, por debajo o por encima de ella, en atrapar aquella esfera roja y matarla antes que aquel reino de calor y sed le matara a él.

La barrera se extendía hasta las paredes de ambos lados, pero, ¿hasta qué altura y hasta qué profundidad bajo la arena?

Durante sólo un momento, Carson se sintió demasiado aturdido para pensar en cómo averiguaría alguna de esas cosas. Ociosamente, sentado en la ardiente arena —a pesar que no recordaba haberse sentado— observó a un lagarto que se arrastraba desde su refugio debajo de un matorral hacia otro cercano.

Cuando estuvo debajo del segundo matorral, se volvió y le miró.

Carson esbozó una sonrisa. Quizá estuviera empezando a perder la razón, porque súbitamente recordó la vieja historia de los colonizadores del desierto de Marte, extraída de una historia del desierto aún más antigua que se contaba en la Tierra... «No tardas en sentirte tan solo que empiezas a hablarle a los lagartos, y aun tardas menos en descubrir que ellos te contestan...»

Naturalmente, tendría que haberse concentrado en la forma de matar al Intruso, pero, en lugar de eso, sonrió al lagarto y dijo:

—Hola.

El lagarto dio unos pasos hacia él.

—Hola —dijo, a su vez.

Carson se quedó estupefacto, pero casi en seguida lanzó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas. Esto no le produjo el dolor de garganta que era de esperar, así que no tenía *tanta* sed como pensaba.

¿Por qué no? ¿Por qué la Entidad que ideó aquel lugar de pesadilla no podía tener sentido del humor, aparte de sus otros poderes? Lagartos parlantes, capaces de contestarle en su propio idioma, si él les dirigía la palabra... Era un bonito detalle.

Sonrió al lagarto y dijo:

—Acércate.

Pero el lagarto giró y se escabulló, deslizándose de un matorral a otro hasta perderse de vista.

Volvía a tener sed.

Y tenía que hacer algo. No podría ganar el combate si permanecía sentado, sudando y compadeciéndose de sí mismo. Tenía que hacer algo. Pero, ¿qué?

Atravesar la barrera. Pero no podía atravesarla, ni pasar por encima de ella. Sin embargo, ¿estaba seguro que no podía pasar por debajo? Y pensándolo bien, ¿acaso no se encontraba agua algunas veces con sólo cavar un poco? Sería matar dos pájaros de un tiro...

Dominando sus dolores, Carson se acercó a la barrera y empezó a cavar, sacando arena con las dos manos a la vez. Era un trabajo lento y pesado, pues la arena se derrumbaba en los bordes y cuanto más profundo era el agujero, mayor diámetro debía tener. No habría podido decir cuantas horas invirtió en la tarea, pero tocó una superficie dura a un metro de profundidad. Una superficie seca; ni rastro de agua.

Y el campo de fuerza de la barrera llegaba hasta la superficie rocosa. Nada que hacer. Nada de agua. Nada de nada.

Salió a duras penas del agujero y se tendió sobre el suelo, jadeando; entonces levantó la cabeza para mirar al otro lado y ver lo que hacía el Intruso.

El Intruso estaba haciendo algo con las ramas de los arbustos, que ataba con zarcillos. Un armazón de forma muy extraña y cerca de un metro veinte de altura, toscamente cuadrado. A fin de verlo mejor, Carson se encaramó al montón de arena que había excavado del agujero; y lo observó detenidamente.

Por la parte posterior del artefacto había dos largas palancas que sobresalían, y una de ellas tenía un objeto con forma de copa en el extremo. Parecía una especie de catapulta, pensó Carson.

Efectivamente, el Intruso se disponía a poner una roca de considerable tamaño en el recipiente. Uno de sus tentáculos subió y bajó la otra palanca varias veces; después movió ligeramente la máquina como para afinar la puntería y la palanca con la piedra avanzó a toda velocidad.

El proyectil describió un arco a varios metros por encima de la cabeza de Carson, yendo a caer tan lejos que ni siquiera tuvo que agacharse, pero calculó la distancia que había recorrido, y silbó admirativamente. Él no podría tirar una piedra de ese peso ni a la mitad de esa distancia. Y aunque retrocediera hasta el fondo de su terreno, seguiría estando dentro del radio de acción de la máquina, si el Intruso la empujaba hasta la barrera.

Otra piedra zumbó por encima de él. Esta vez no cayó tan lejos.

Llegó a la conclusión que aquel aparato podía ser peligroso. Quizá fuera mejor hacer algo para inutilizarlo.

Moviéndose de un lado a otro a lo largo de la barrera, para que la catapulta no pudiera apuntarle bien, lanzó una docena de piedras sobre ella. Pero vio que esto no serviría de nada. Tenían que ser piedras pequeñas, o no podría tirarlas tan lejos. Si tocaban el armazón, rebotaban sin hacerle nada. Y el Intruso no tenía dificultades, a esa distancia, para apartarse de las que caían cerca.

Además, tenía el brazo muy cansado. Le dolía todo el cuerpo. Si por lo menos pudiera descansar un rato sin tener que esquivar las piedras lanzadas por aquella catapulta a intervalos regulares de quizá unos treinta segundos cada uno...

Retrocedió dando tumbos hasta el fondo de la arena. Entonces comprendió que eso tampoco servía de nada. Las piedras también llegaban hasta allí, sólo que los intervalos entre una y otra eran más largos, como si se necesitara más tiempo para levantar el mecanismo, fuera lo que fuese, de la catapulta.

Muerto de cansancio, se arrastró nuevamente hacia la barrera. Se cayó varias veces y le costó mucho levantarse y continuar. Comprendió que estaba casi al límite de sus fuerzas. Sin embargo, no se atrevía a dejar de moverse, hasta que lograra inutilizar la catapulta. Si se quedaba dormido, no volvería a despertarse.

Una de las piedras disparadas le dio la primera idea. Cayó sobre uno de los montones de piedras que había reunido cerca de la barrera para usar como munición y lanzó chispas.

Chispas. Fuego. Los hombres primitivos hacían fuego a partir de las chispas, y con algunos de aquellos arbustos secos como combustible...

Afortunadamente, había un arbusto de ese tipo muy cerca de él. Lo arrancó, lo llevó junto al montón de piedras y, pacientemente, frotó una piedra contra otra hasta que una chispa tocó la rama del arbusto parecido a la yesca. Ardió en llamas con tal rapidez que le chamuscó las cejas y quedó reducido a cenizas en cuestión de segundos.

Pero ahora ya tenía la idea, y al cabo de unos minutos había conseguido encender una pequeña hoguera al abrigo del montón de arena que había hecho al cavar el agujero hacía una o dos horas. Los arbustos de yesca la habían comenzado, y otros arbustos que ardían, pero más lentamente, mantuvieron una llama continua.

Los resistentes zarcillos no ardían fácilmente; eso facilitaba la labor de hacer y tirar bombas incendiarias. Un haz de ramas atadas a una pequeña piedra para que pesaran más y un zarcillo largo a modo de cuerda para lanzarlo.

Construyó media docena antes de encender y tirar el primero. Erró el blanco, y el Intruso inició una apresurada huida, arrastrando la catapulta tras de sí. Pero Carson tenía los otros preparados y los tiró en rápida sucesión. El cuarto cayó sobre el armazón de la catapulta, y logró su propósito. El Intruso trató desesperadamente de apagar las llamas tirando arena, pero sus tentáculos sólo tomaban un minúsculo puñado cada vez y sus esfuerzos eran inútiles. La catapulta se incendió.

El Intruso logró ponerse a salvo del fuego y concentró su atención en Carson, que nuevamente captó aquella oleada de odio y repugnancia. Pero más débilmente; o el Intruso se estaba debilitando o Carson había aprendido cómo protegerse del ataque mental.

Le hizo un gesto de burla y le obligó a ponerse a cubierto tirándole una piedra. La esfera roja retrocedió hacia el fondo de su mitad de la arena y comenzó a arrancar arbustos otra vez. Probablemente tenía la intención de hacer otra catapulta.

Carson verificó por centésima vez que la barrera seguía funcionando, y después se encontró sentado en la arena junto a ella, pues de pronto se sintió demasiado cansado para permanecer en pie.

El dolor de la pierna era continuo y estaba realmente sediento. Pero estas cosas palidecían frente a la completa sensación de agotamiento físico que se había adueñado de todo su cuerpo.

Y el calor.

El infierno debía ser así, pensó. El infierno en el que los antiguos creían. Luchó por mantenerse despierto, a pesar que ello pareciera inútil, pues no podía hacer nada. Nada, mientras la barrera fuese inexpugnable y el Intruso estuviera fuera de su radio de acción.

Pero tenía que haber algo. Trató de recordar las cosas que había leído en los libros de Arqueología respecto a los métodos de lucha empleados en los tiempos anteriores al metal y el plástico. El proyectil de piedra, eso fue lo primero, pensó. Bueno, eso ya lo tenía.

La única forma de mejorarlo era una catapulta, como la que el Intruso había hecho. Pero él nunca lograría fabricar una, con los minúsculos trozos de madera que le proporcionaban los matorrales; no veía ni una sola pieza que sobrepasara los treinta centímetros de longitud. Desde luego, podía idear un mecanismo similar, pero no le quedaban las fuerzas suficientes para una tarea que requeriría días.

¿Días? Pero el Intruso había hecho una. ¿Acaso ya hacía días que se encontraban allí? Después recordó que la esfera tenía muchos tentáculos con los que trabajar y que, indudablemente, podía hacer ese trabajo con mayor rapidez que él.

Y además, una catapulta no decidiría la lucha. Tenía que pensar en algo mejor.

¿Un arco y flechas? No; intentó disparar con este sistema en una ocasión y reconoció en seguida su ineptitud. Incluso con un perfeccionado modelo de deportista, diseñado para no errar jamás el blanco. Con un aparato tosco como el que lograría construir allí, dudaba que pudiera disparar a mayor distancia de la que podía alcanzar con una piedra, y sabía que no afinaría tanto la puntería.

¿Una lanza? Bueno, eso sí que podía hacerlo. Sería inútil como arma para arrojar a distancia, pero podía servirle a poca distancia, si es que alguna vez conseguía estar a poca distancia de su enemigo.

Además, fabricar una le proporcionaría algo que hacer. Le ayudaría a no seguir divagando, como estaba empezando a hacer. Había llegado a un punto en que a veces necesitaba concentrarse un rato para recordar por qué se encontraba allí, y por qué tenía que matar a la esfera.

Afortunadamente, aún estaba junto a uno de los montones de piedras. Las removió sin cesar hasta que halló una que parecía tener la forma de una punta de lanza. Se puso a astillarla con una piedra de tamaño menor, e hizo unos afilados salientes en los lados para que no volviera a salir si lograba penetrar. ¿Como un arpón? Era una buena idea, pensó. Quizá un arpón fuera más apropiado para aquel absurdo combate. Si conseguía clavarlo en el cuerpo del Intruso, y ataba una cuerda al arma, podría arrastrarlo hasta la barrera y la hoja pétrea de su cuchillo atravesaría esa barrera, aunque sus manos no lo hicieran. El astil resultó más difícil de hacer que la cabeza. Pero tras romper y unir los tallos principales de cuatro de los arbustos, y atar las junturas con los finos aunque resistentes zarcillos, consiguió un astil de un metro y medio de longitud, a cuyo extremo ató la punta de piedra en una muesca.

Era un arma tosca, pero fuerte.

Luego vino la cuerda. Con los finos y resistentes zarcillos se fabricó seis metros de cuerda. Era ligero y no parecía fuerte, pero estaba seguro que aguantaría su peso e incluso más. Ató uno de los extremos a la pértiga del arpón y el otro en torno a su muñeca derecha. Por lo menos, si lanzaba el arpón más allá de la barrera, podría recuperarlo en caso que fallara.

Después, cuando hubo hecho el último nudo y no le quedó nada más que hacer; el calor, el agotamiento y el dolor de la pierna, así como la horrible sed, le parecieron súbitamente mil veces peores que antes.

Trató de levantarse para ver lo que hacía el Intruso en aquel momento, pero vio que no podía ponerse en pie. A la tercera tentativa, consiguió arrodillarse y volvió a caerse de bruces.

«Tengo que dormir —pensó—. Si tuviéramos que enfrentarnos ahora, yo no podría hacer nada. Si él lo supiera, podría acercarse y matarme tranquilamente. Tengo que recuperar fuerzas.»

Lentamente, laboriosamente, se alejó a rastras de la barrera. Diez metros, veinte...

El ruido sordo de algo que chocaba contra la arena no lejos de él, le arrancó de un sueño confuso y horrible para enfrentarle con una realidad más confusa y horrible todavía, y abrió nuevamente los ojos al resplandor azul que reinaba sobre la arena azul.

¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Un minuto? ¿Un día?

Otra piedra se estrelló cerca de él y le salpicó de arena. Puso las manos debajo del cuerpo y se incorporó. Volvió la cabeza y vio al Intruso a veinte metros de distancia, junto a la barrera.

Se alejó apresuradamente cuando él se incorporó, sin detenerse hasta llegar lo más lejos que pudo.

Comprendió que se había quedado dormido demasiado pronto, cuando aún estaba dentro del radio de acción del Intruso. Al verle tendido e inmóvil, se había atrevido a acercarse a la barrera y dispararle. Afortunadamente, no se había dado cuenta de lo débil que estaba porque, de lo contrario, hubiera permanecido allí y seguido tirando piedras.

¿Había dormido mucho? No lo creía, pues se sentía igual que antes. Nada descansado, ni más sediento, ni diferente. Lo más probable es que sólo hacía unos minutos que estaba allí.

Empezó a arrastrarse de nuevo, pero esta vez se obligó a continuar hasta alejarse lo más posible, hasta que la opaca e incolora pared de la concha exterior que cubría la arena no estuvo más que a un metro de él.

Entonces, volvió a perder el mundo de vista.

Cuando se despertó, nada de lo que le rodeaba había cambiado, pero esta vez comprendió que había dormido largo rato.

Lo primero que notó fue que tenía la boca seca y pastosa; además, su lengua estaba hinchada.

Comprendió que algo iba mal, mientras recobraba lentamente la plena conciencia de las cosas. Se sentía menos cansado, el estado de máximo agotamiento había pasado. El sueño se había encargado de ello.

Pero experimentaba un gran dolor, un irresistible dolor. Hasta que trató de moverse no se dio cuenta que ese dolor estaba concentrado en su pierna.

Levantó la cabeza y la miró. Estaba horriblemente hinchada desde la rodilla hacia abajo, y la hinchazón era visible hasta la mitad del muslo. Los zarcillos que había utilizado para atar la almohadilla de hojas protectora se le clavaba profundamente en la carne hinchada.

Meter el cuchillo por debajo de esa cuerda incrustada habría sido imposible. Afortunadamente, el último nudo estaba sobre la espinilla, delante, donde el zarcillo estaba menos hundido que en ninguna parte. Al final, tras un doloroso esfuerzo, consiguió desatar el nudo.

Una mirada bajo la almohadilla de hojas le reveló lo peor. Infección y envenenamiento de la sangre, ambas cosas muy avanzadas y en vías de empeorar.

Y sin medicinas, sin vendas, *sin agua*, no podía hacer absolutamente nada para remediarlo.

Absolutamente nada, excepto morir, cuando las toxinas hubiesen invadido todo su organismo.

Entonces comprendió que todo era inútil, y que había perdido.

Y con él, la humanidad estaba perdida. Cuando él muriera en aquel lugar, en el universo que conocía, todos sus amigos, todo el mundo, también morirían. Y la Tierra y los planetas colonizados se convertirían en el hogar de los rojos, rodantes y monstruosos Intrusos. Criaturas salidas de una pesadilla, cosas sin ningún atributo humano, que descuartizaban lagartos por mero placer.

Fueron estos pensamientos los que le dieron el valor de empezar a arrastrarse, casi ciegamente a causa del dolor, en dirección a la barrera. Ya no podía arrastrarse sobre las manos y las rodillas, sino únicamente con ayuda de los brazos y las manos.

Sólo existía una probabilidad entre un millón que cuando llegara allí, le quedara la fuerza suficiente para lanzar su arpón una sola vez, y con efecto mortal, si —otra posibilidad en un millón— el Intruso se acercaba a la barrera. Otra probabilidad con la que tampoco podía contar demasiado era que la barrera hubiese desaparecido.

Le pareció que tardaba años en llegar allí.

La barrera no había desaparecido. Era tan inexpugnable como la primera vez que la había tocado.

Y el Intruso no estaba junto a la barrera. Incorporándose sobre los codos, lo divisó al fondo del hemisferio, trabajando en un armazón de madera que era un duplicado casi terminado de la catapulta que él había destruido.

Se movía con lentitud. Indudablemente, también se había debilitado.

Pero Carson dudaba que llegase a necesitar esta segunda catapulta. Él ya habría muerto antes que estuviera terminada, pensó.

Si lograra atraerle hasta la barrera, ahora, mientras aun vivía... Agitó un brazo e intentó gritar, pero su garganta reseca no emitió ningún sonido, sólo un ronco estertor.

Pero si pudiese atravesar la barrera...

La mente debió fallarle unos instantes, pues se encontró golpeando la barrera con los puños en un acceso de inútil rabia, y se detuvo en seguida.

Cerró los ojos, procurando calmarse.

—Hola —dijo una voz.

Era una voz débil y fina. Sonaba como...

Abrió los ojos y giró la cabeza. Era un lagarto azul.

«Vete —quiso decir Carson—. Vete, tú no estás aquí en realidad o, si lo estás, no es cierto que hables. Estoy delirando otra vez.»

Pero no pudo hablar; la sequedad de su garganta y su lengua le impedían pronunciar una sola palabra. Volvió a cerrar los ojos.

—Dolor —dijo la voz—. Matar. Dolor..., matar. Ven. Matar.

Abrió nuevamente los ojos. El azulado lagarto de diez patas aún estaba allí. Correteó un poco a lo largo de la barrera, retrocedió, volvió a avanzar y retrocedió otra vez.

—Dolor —dijo—. Matar. Ven.

Volvió a alejarse un poco y regresó. Evidentemente, quería que Carson lo siguiera a lo largo de la barrera.

Volvió a cerrar los ojos. La voz siguió hablando. Las mismas palabras, tres palabras sin sentido. Cada vez que él abría los ojos, el lagarto se alejaba unos pasos y regresaba.

—Dolor. Matar. Ven.

Carson lanzó un gemido. Aquella maldita criatura no le dejaría en paz a menos que la siguiera. Es lo que quería de él.

La siguió, arrastrándose penosamente. Otro sonido, un chillido muy estridente, llegó a sus oídos y aumentó de intensidad.

Algo yacía en la arena, retorciéndose, chillando. Algo pequeño y azul, que parecía un lagarto y, sin embargo no...

Entonces vio lo que era: el lagarto cuyas patas había arrancado el Intruso, hacía tanto tiempo. Pero no estaba muerto; había vuelto a la vida y se retorcía y chillaba en su agonía.

—Dolor —dijo el otro lagarto—. Dolor. Matar. Matar.

Carson comprendió. Extrajo el cuchillo de pedernal de su cinturón y mató a la atormentada criatura. El lagarto vivo se escabulló rápidamente.

Carson regresó junto a la barrera. Apoyó en ella las manos y la cabeza y observó al Intruso, muy apartado, mientras trabajaba en la construcción de la nueva catapulta.

«Llegaría hasta allí —pensó—, si pudiera atravesar. Si pudiera atravesar, incluso podría triunfar. El también parece estar muy débil. Yo podría...»

Y entonces experimentó otra reacción de negra desesperanza, cuando el dolor minó su voluntad y le hizo desear estar muerto. Envidiaba al lagarto que acababa de matar. Él no había tenido que seguir viviendo y sufriendo. En cambio, él tenía que seguir sufriendo. Pasarían horas, quizá días, antes que el envenenamiento de su sangre le matara.

Si pudiera usar aquel cuchillo contra sí mismo...

Pero sabía que no lo haría. Mientras se encontrara vivo, había una posibilidad entre un millón...

Hizo fuerza, empujando la barrera con la palma de las manos, y se dio cuenta de lo delgados y huesudos que tenía ahora los brazos. Ya debía haber pasado mucho tiempo desde que estaba allí, varios

días, para adelgazarse tanto. ¿Cuánto tiempo más transcurriría antes que muriera? ¿Cuánto calor, cuánta sed y cuánto dolor podía resistir la carne?

Se hundió nuevamente en el histerismo, al que siguió un período de calma, y una idea que resultaba asombrosa.

El lagarto que acababa de matar. *Había atravesado la barrera, aún con vida*. Había venido del lado del Intruso; el Intruso le había arrancado las patas y después lo lanzó desdeñosamente hacia él, y había atravesado la barrera. Él creyó que lo hizo porque el lagarto estaba muerto.

Pero no estaba muerto; sólo inanimado.

Un lagarto vivo no podía atravesar la barrera, pero uno inanimado..., sí. Así pues, la barrera no era un obstáculo para la carne viviente, sino para la carne consciente. Era una proyección *mental*, un obstáculo *mental*.

Dominado por este pensamiento, Carson empezó a arrastrarse a lo largo de la barrera para jugar su última y desesperada carta. Una esperanza tan remota que sólo un moribundo se hubiera atrevido a intentarlo.

No servía de nada calcular las posibilidades de éxito. En especial cuando; si no lo intentaba, esas posibilidades quedaban reducidas a cero.

Se arrastró a lo largo de la barrera hasta la duna de arena, de casi un metro y medio de altitud, que había hecho al intentar —¿hacía cuántos días?— cavar por debajo de la barrera o encontrar agua.

Ese montículo estaba justamente en la barrera; su ladera más alejada caía la mitad a un lado de la barrera, y la mitad en el otro.

Tras tomar una piedra del montón cercano, trepó hasta la cima de la duna y más allá de ésta, dejándose caer junto a la barrera, y apoyando todo su peso en ella a fin que, si la barrera desaparecía, él rodara por la pequeña ladera, hasta territorio enemigo.

Comprobó que aún llevaba el cuchillo, en el cinturón de cuerda, que el arpón estuviera en la curva de su brazo izquierdo, y que la cuerda de seis metros de longitud siguiera atada al arma y a su muñeca.

Después, con la mano derecha, alzó la piedra con la que se golpearía a sí mismo en la cabeza. La suerte tendría que acompañarle en ese golpe; debía ser lo bastante fuerte como para hacerle perder el conocimiento, pero no lo bastante fuerte como para que tardara demasiado en recobrarlo.

Tuvo la corazonada que el Intruso le estaba observando, que le vería atravesar la barrera y se acercaría para investigar. Confiaba en que creyera que estaba muerto; pensó que probablemente habría hecho la misma deducción que él acerca de la naturaleza de la barrera. Pero se acercaría con cautela. Él dispondría de unos minutos...

Se golpeó.

El dolor le hizo recobrar el conocimiento. Un dolor repentino y agudo en la cadera que era distinto del dolor en la cabeza y en la pierna.

Pero incluso había previsto ese dolor; al estudiar todos los aspectos de la situación antes de golpearse, llegó a desearlo, y se había fortalecido para evitar despertar con un movimiento brusco.

Permaneció inmóvil, pero abrió ligeramente los ojos, y vio que sus suposiciones habían sido acertadas. El Intruso se estaba aproximando. Se hallaba a veinte metros de él y el dolor que le había despertado se debía a la piedra que acababa de lanzarle su enemigo para saber si estaba vivo o muerto. Permaneció inmóvil. La esfera siguió acercándose; se hallaba a quince metros de él, y se detuvo nuevamente. Carson apenas se atrevía a respirar. Dentro de los límites de lo posible, mantuvo la mente en blanco, por temor a que las facultades telepáticas de la esfera detectaran su estado consciente. Y como tenía la mente casi anulada, el impacto de los pensamientos de su enemigo sobre su propia mente fue casi irresistible.

El horror se adueñó de él ante esos pensamientos tan extraños y tan diferentes. Eran cosas que él sentía, pero que no podía entender y jamás podría expresar, porque ningún idioma terrestre tenía palabras, ni ninguna mente terrestre tenía imágenes para describirlas. La mente de una araña, pensó, o la mente de una mantis religiosa o una serpiente del desierto marciano, provistas de inteligencia y puestas en contacto telepático con las mentes humanas, serían algo agradable y familiar, en comparación con aquello.

En este momento comprendió que la Entidad estaba en lo cierto: Hombre o Esfera, ya que el Universo no era un lugar que pudiera albergarlos a los dos. Mucho más separados que Dios y el Diablo, jamás podría existir un equilibrio entre ellos.

El enemigo se acercaba. Carson esperó hasta que sólo estuvo a un par de metros, hasta que sus tentáculos se alargaron...

Haciendo caso omiso de sus tormentos, se incorporó y tiró el arpón con toda la fuerza que le quedaba. Por lo menos, esto fue lo que él pensó; se sintió invadido por una súbita fuerza, junto con un súbito olvido de su dolor, tan claros como algo tangible.

Mientras el Intruso, gravemente herido por el arpón, se alejaba rodando, Carson trató de ponerse en pie para ir tras él. No pudo hacerlo; se cayó, pero siguió arrastrándose.

El Intruso llegó al final de la cuerda, y Carson fue impulsado hacia delante por el tirón de su muñeca. Le arrastró unos metros y después se detuvo. Carson siguió avanzando, agarrándose a la cuerda con una mano tras otra. Su oponente permaneció allí, retorciendo los tentáculos en un vano intento de quitarse el arpón. Pareció estremecerse y temblar, y de pronto debió comprender que no lograría escapar, porque se lanzó rodando hacia él, con los tentáculos extendidos.

Con el cuchillo de piedra en la mano, Carson se aprestó a hacerle frente. Lo apuñaló, una y otra vez, mientras aquellas espantosas garras le desgarraban la piel, la carne y los músculos de su cuerpo.

Lo apuñaló y acuchilló, hasta que al fin yació inmóvil.

Oyó el repiqueteo de un timbre, y hasta un rato después de abrir los ojos no supo dónde estaba ni qué pasaba. Se hallaba sujeto por las correas al asiento de su nave de reconocimiento, y la visiplaca que había frente a él sólo mostraba el espacio vacío. Ninguna nave intrusa y ningún planeta imposible.

El timbre era la señal del dispositivo de comunicaciones; alguien quería que conectase el receptor. Una acción puramente refleja le hizo mover el brazo y accionar la palanca.

El rostro de Brander, capitán del *Magallanes*, la nave nodriza de su grupo de reconocimiento, apareció en la pantalla. Tenía la cara muy pálida y sus ojos brillaban de excitación.

—Aquí, el *Magallanes*, Carson —exclamó—. Adelante. Puede regresar a bordo. La batalla ha terminado. ¡Hemos vencido!

La imagen se desdibujó; Brander debería estar avisando a las demás naves de reconocimiento bajo su mando.

Lentamente, Carson manipuló los controles para el regreso.

Como si estuviese soñando, sin dar crédito a lo que sus ojos veían, desató la correa que le mantenía fijo al asiento y se levantó para beber el agua helada almacenada en el depósito. Por alguna razón, estaba increíblemente sediento. Bebió seis vasos.

Se apoyó en un mamparo, tratando de coordinar sus ideas.

¿Había sucedido realmente o todo habría sido un sueño? Disfrutaba de buena salud, estaba sano, de mente y de cuerpo. Su sed era más mental que física; no tenía la garganta seca. La pierna...

Se arremangó la pernera del pantalón y observó la pantorrilla descubierta. Allí había una larga señal blanca, pero perfectamente cicatrizada. Era una cicatriz que antes no tenía. Bajó la cremallera de la camisa y vio que unas minúsculas y casi imperceptibles cicatrices, también perfectamente curadas, le surcaban el pecho y el abdomen.

Entonces, había sucedido realmente.

La nave de reconocimiento, impulsada por el piloto automático, trasponía las compuertas de la nave nodriza. Las garras mecánicas la introdujeron en su antecámara individual, y al cabo de un momento un zumbido le indicó que la antecámara estaba llena de aire. Carson abrió la compuerta y salió, para dirigirse a la doble puerta de la antecámara.

Fue directamente al despacho de Brander, entró y saludó.

—A la orden, señor —dijo, llevándose la mano a la gorra.

Brander aún tenía una expresión aturdida.

—Hola, Carson —dijo—. ¡No sabes lo que te has perdido! ¡Qué espectáculo!

—¿Qué ha ocurrido, señor?

—No lo sé, exactamente. Disparamos una salva, ¡y toda la flota enemiga quedó reducida a cenizas! Fuera lo que fuese, saltó de una nave a otra en cuestión de segundos, ¡incluso a las que no habíamos apuntado y que estaban fuera de nuestro radio de acción! ¡Toda la flota se desintegró ante nuestros ojos, sin que una sola de nuestras naves fuera alcanzada!

»Ni siquiera podemos, atribuirnos el mérito de haberlo hecho. Seguramente fue algún componente inestable del metal que utilizaban, que se ha desintegrado con nuestro tiro de prueba. ¡Hombre, qué lástima que te hayas perdido toda la diversión!

Carson logró esbozar una sonrisa. Fue el fantasma de una sonrisa, pues pasarían muchos días antes que se sobrepusiera al impacto mental de su experiencia.

Pero el comandante de la nave nodriza no le miraba, y no se dio cuenta de su turbación.

—Desde luego, señor —dijo. El sentido común, más que la modestia, le advirtió que sería considerado como el peor embustero de la historia espacial si añadía algo más—. Sí, señor, es una lástima que me haya perdido toda la diversión.

F I N

Título Original: *Arena* © 1944.
Digitalización, Revisión y Edición Electrónica de Arácnido.
Revisión 3.